

El buceo en naufragios es una especialidad increíble. ¿Quién no ha soñado con encontrar un tesoro bajo el mar? Claro, esto sucede solamente en las películas... o no? En realidad, todo depende del tesoro que estamos buscando. A veces (en las películas) se trata de un cargamento de oro y piedras preciosas, otras (en nuestra realidad) se trata simplemente de encontrar un lugar perteneciente al pasado, un objeto que quizás fue hogar y el trabajo de personas a quienes podemos imaginarnos caminando por esa cubierta o maniobrando ese timón. Se trata de descubrir que ese lugar ahora es el hogar de un cardumen o una gran morena, o una barracuda solitaria y muy celosa. También puede ser la posibilidad de "embarcarnos" (si se permite la licencia) en una aventura que pocas personas pueden imaginar. El simple hecho de visitar ese naufragio, adentrarnos en sus compartimentos, ver las literas o recorrer sus pasillos para salir por otro lado, girar y ver a nuestros compañeros seguirnos es una aventura maravillosa que nos regala momentos increíbles.

Lógicamente, para esto necesitamos mucha preparación, técnicas especiales, equipo adecuado y una larga lista de cosas que ya comentaremos en otros artículos. Hoy estamos buscando tesoros.

Y el verdadero tesoro, al menos en mi opinión, está realmente en haber llegado hasta ese punto: luego de la preparación, las prácticas, el viaje, la embarcación, preparar el equipo, finalmente aquí estamos...

Desde la cubierta del barco divisamos una silueta alargada en el fondo. El guía nos da las instrucciones necesarias, estamos listos y al agua. A medida que nos sumergimos la silueta se hace cada vez más clara; distinguimos la proa, la popa, los puentes de mando. Ya estamos al frente. Nos acercamos a la cubierta principal y preparamos las lámparas para entrar. Seguimos al guía y con mucho cuidado penetramos en la nave. Todo se oscurece, pero nos encontramos en un ambiente de fantasía. Recorremos el interior del naufragio tal y como aprendimos, cuidando la flotabilidad, sin tocar nada. Vemos las escotillas, algunos instrumentos, puertas, quizás hasta algunos muebles. Luego de algunos minutos de asombro, seguimos avanzando, vemos el timón y no podemos dejar de imaginarnos al viejo capitán de ese barco haciendo maniobras. El tiempo corre velozmente y debemos comenzar a ascender. Salimos y en la claridad exterior encontramos una gran cantidad de peces y a nuestro guía controlando al grupo. Lento ascenso, parada de seguridad y a la superficie nuevamente. Subimos al barco que nos llevará a tierra y algo dentro nuestro nos llena de emoción: acabamos de descubrir un tesoro.

Nacho. El Mar Azul.